

MARIA MERCÈ ROCA

Pinceladas

por Maria Mercè Roca



Aunque cerrara los ojos con fuerza y hundiera la cabeza en la almohada, y me cubriera hasta las orejas con el pesado edredón, y no alargara las piernas en absoluto y me mantuviese hecha un cuatro, porque en esa posición me notaba más protegida, el viento se

oía igual de fuerte. No era miedo, era sólo que el viento —lo dicen los viejos— era incontrolable y por momentos soplaba con tanta fuerza que volcaba los vagones de tren que no estaban bien acuñados y hacía retemblar los vidrios del enorme arco que cubría los andenes, como una música

ca de cristales, y la luz se iba y era aburrido porque con las velas no se podía hacer casi nada, ni leer, porque las letras bailaban como las llamas y aquella penumbra, al cabo de un rato, hería los ojos. El viento aullaba con fuerza o silbaba suavemente, dependía de los días. El aullido estaba fue-

ra, se oía como un lobo queriendo entrar; el silbido era fino y se colaba por todos los sitios: por las ventanas que no cerraban, por alguna grieta gruesa, por la junta de dilatación particular que teníamos en casa. Poníamos la mano y sentíamos el viento frío que entraba con finura. «Pasa, aire», decíamos, y sabíamos que no había nada que hacer.

Mi padre era de Portbou y era ferroviario, y por eso vivíamos en la estación del tren, que era una estación que, como el pueblo hace de frontera con Francia, no se parecía nada a las de los pueblos pequeños, rojas, de piedra, acogedoras: en la estación de Portbou las vías eran como un mar extenso y plano, y un gran arco de hierro y de vidrio por donde los pájaros volaban alocados al atardecer cubría los andenes, las vías, la aduana, el vestíbulo y los pisos de los ferroviarios.

A los pisos de la Renfe se accedía por la puerta de al lado de la comisaría, bajo el reloj de la estación. Abajo de todo, tocando el primer rellano, se alzaba la pared de la cárcel pequeña, que es donde encerraban a las personas que carecían de papeles y querían pasar ilegalmente la frontera. La pared tenía una claraboya de vidrio grueso: si había luz era que alguien estaba encerrado. La escalera era oscura y estaba despintada y siempre caían trozos de pintura y de yeso sobre los peldaños; a veces, escribíamos cosas en la pared con una punta, y a veces, también, desde arriba tirábamos papeles y escupitajos que iban a parar directamente sobre el techo de la cárcel pequeña.

Mi padre hacía contrabando de café. Cuando las campanas de la iglesia de Portbou repicaban a la hora del ángelus, él salía del trabajo, comía muy pronto y después cruzaba cada día la frontera en tren y comenzaba en Cerbère su segunda jornada laboral, seguida y larga, con el contrabando. Pasaba licores hacia Cerbère y café a Portbou. Llevaba un kilo de café en la mano y otro oculto dentro



FRANZ POCCHI, 35 CONTES DE GRIMM, BARCELONA: BARCANOVA, 1990.

de los pantalones, en la cintura, con el botón de arriba de todo desabrochado y el cinturón estrecho. Los paquetes de café que traía de Cerbère estaban envueltos en papeles de diario franceses, brillantes y grasientos, y tenían dibujados una mujer negra y desnuda y un león. Guardábamos los paquetes de café dentro del armario, de ahí que nuestra ropa desprendiese siempre el olor tan fuerte y bueno del café tostado.

* * *

Crecí con la convicción de que el ángel de la guarda estaba conmigo y que si yo mantenía su amistad no me podía pasar nada. Dios me miraba constantemente desde arriba. Era un dios que protegía a los justos y ayudaba a los pobres. Yo rezaba a la hora de ir a dormir, cuando tenía un examen y cuando el tren estaba a punto de arrancar. Una amiga, morena y de gruesas trenzas, y yo construimos un altar en la azotea con un par de cajas y una sábana vieja que las cubría. Encima, colocamos una virgen descolorida que andaba por casa y dos jarrones a los lados con cuatro flores dentro cada uno. Jugábamos a ser dos hermanas casi monjas que vivíamos juntas y que éramos muy buenas, y muy pobres. Las dos nos llamábamos

Maria, ya que ningún otro nombre nos parecía más santo. Pronunciábamos jaculatorias y hablábamos del tiempo y de ayudar a la gente más pobre, y tendíamos la colada y hacíamos la comida con hierbas trinchadas. Jugamos juntas hasta que no sé por qué dejamos de ser tan amigas: entonces desmonté el altar y metí la virgen en un cajón para no verla más.

* * *

Durante muchos años todos los regazos de casa fueron míos. Siempre estaba encima de alguien, materialmente, físicamente encima; cuanto más pegada, cuanto más cerca, mejor. Mientras eso ocurría mi hermano no tenía posibilidad alguna de conseguir un regazo; tan sólo cuando yo ya dormía él se podía acercar tímidamente. Yo me sentaba en el regazo de mi padre: «Papá, ¿leemos este tebeo?». Él me leía las viñetas y al concluir decía: «¿Te ha gustado?». Y yo, para no bajar de su regazo, contestaba siempre: «Sí, pero no lo he entendido, vuélvemelo a leer otra vez».

Cuando comencé a ir a la escuela, de más mayor, sólo tenía que estudiar: ni fregar los platos, ni hacerme la cama, ni nada. Una vez tenía los deberes hechos y me sabía la lección, leía

los chistes de los pies de página del *Selecciones del Reader's Digest* que mis padres recibían cada mes, y aun entonces simulaba no haberlos entendido para tener a alguien a mi lado, sólo para mí, que me los explicara. Mi padre era paciente y, además, le gustaba mucho cantar y recitar versos, y a mí el gusto por las palabras me vino no tanto desde la letra impresa como desde esta poesía oral que yo oía y que aprendía de memoria, involuntariamente, sin darme cuenta. Desconocía de quién eran aquellos versos pero me cautivaba el ritmo, la música. Yo los repetía, quería jugar y hacer más aquellas palabras que no sabía qué querían decir y que jamás veía escritas. El *Testament d'Amèlia*, las *Corrandes de l'exili*, *El mariner Louard*, las *Vinyes verdes*... De los autores, repito —de Segarra, Pere Quart, Maragall—, nada de nada, por el momento. Junto a estos versos había otros que eran en castellano y que estaban escritos en un libro deshojado que se titulaba *Las cien mejores poesías de la lengua castellana*. Dichos versos me tenían aún más seducida, porque yo sentía en ellos una música más viva: por ejemplo, *El tren expreso*, de Ramón de Campoamor: «Habiéndome robado el albedrío / un amor tan infausto como mío [...]. Mi carta, que es feliz, pues va a buscaros / cuenta os dará de la memoria mía. / Aquel fantasma soy que, por gustaros, / jugó a estar vivo a vuestro lado un día». O aquel otro de José de Espronceda, *Desesperación*, que me daba miedo aunque no por ello dejaba de atraerme: «Me gustan las queridas / tendidas en los lechos / sin chales en los pechos / abierto el cinturón». Yo intuía que aquellos versos estaban cargados de desolación y de patetismo, y me gustaban mucho. No, ciertamente no alcanzaba a entender la mitad de los poemas que sabía de memoria, pero me gustaban y los recitaba con una cierta excitación; me dejaba llevar y mecer, en definitiva, por la música de sus palabras.

Pero ahora ya leía sola, y en el verano, al volver de la playa, después de comer, mi hermano y yo nos tendíamos en su habitación y leíamos. Yo me comía un corrusco de pan que había guardado a la hora de comer y me estaba muy quieta. Era un momento delicioso: la ventana estaba abierta, tenía el cabello húmedo y sentía frío, y todo estaba en silencio. Yo tenía diez años, comía el corrusquito de pan y leía las historias del *Patufet* de la segunda época: todo el mundo era tan pobre, tan bueno, o tan malo, pero que al final se volvía tan bueno, y había niños pequeños que trabajaban y que se tenían que levantar cuando aún era de noche, y madres que sufrían e historias de amor, adolescentes que menospreciaban a los padres y a los hermanos pequeños, profesores firmes. Siempre lloraba. Leía con un nudo en la garganta y a veces no me podía aguantar y prorrumplía en sollozos, y mi hermano se reía de mí. Pero a mí me encantaba, después de leer estas historias se me quedaba el

corazón compungido y hecho un asco, estaba triste y leerlas me provocaba una sensación agrídulce; lloraba y luego me sentía como nueva, con una fuerza diferente. Para que me agradaran, los libros tenían que ser siempre tristes, era como si yo comulgara con toda aquella pena que leía. Todo me emocionaba extraordinariamente y las carencias de amor me sacudían y me llenaban de desasosiego.

* * *

Éstos son los recuerdos, en pinceladas de colores brillantes, que primero me vienen si trato de hacer memoria de mi infancia: el viento, el café en los armarios, la estación, la azotea, la música de unas palabras incomprensibles y la lectura apasionada de unos textos incoherentes y desordenados. Y nada más. Lo recuerdo, pero ignoro si en verdad soy yo la niña que se comía aquel corrusco de pan mientras leía. La veo muy lejos y me da un poco de pena, porque siempre necesitaba que la amaran mucho. ■

(Artículo traducido del catalán.)



Bibliografía

- Sort que hi ha l'horitzó*, Barcelona: Selecta, 1987.
Els arbres vençuts, Barcelona: Proa, 1988.
Temporada baixa, Barcelona: Editorial de l'Eixample, 1990.
El present que m'acull, Barcelona: Destino, 1987.
Perfum de nard, Barcelona: Destino, 1988.
Greuges infinits, Barcelona: Planeta, 1992.
- Infantil-juvenil*
- Com un miratge*, Barcelona: Barcanova, 1989. (Existe versión en castellano, en Anaya.)